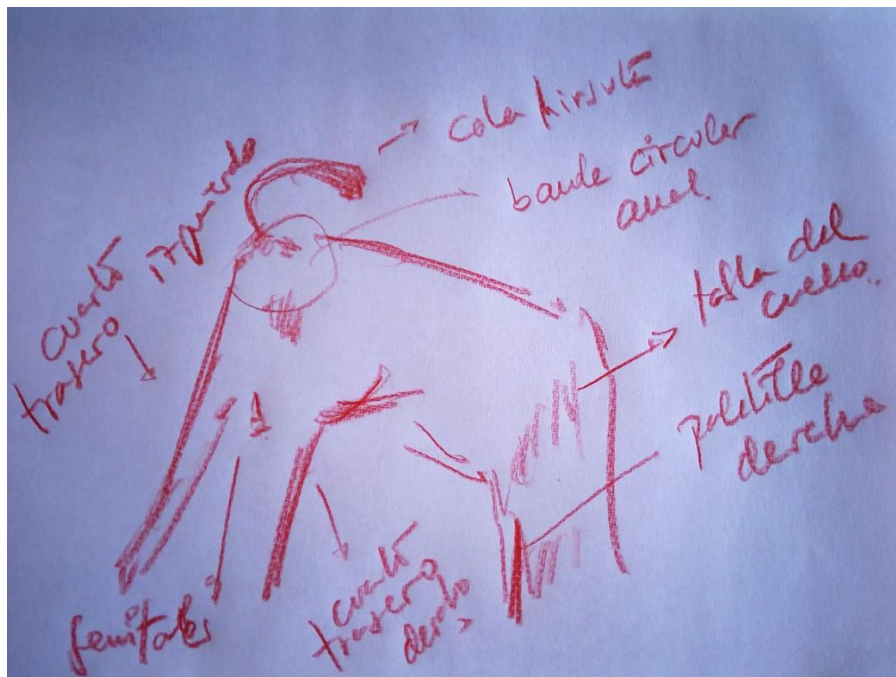


Trabajo especial

Durante el paleolítico.

Poema antropológico



De Neandertal cazador-recolector a *Homo sapiens sapiens*

Dr. Ángel Valaer Rubio⁵

I

Me he retrasado del grupo de cazadores,
mientras bajo un carrascal donde se aprietan quejigos melojos y alcornoques;
sorteo entre ojaranzos la herriza arropada por canutos kársticos en sierra Momia
cuando el Padre Sol prende su último candil rojo violeta de intensidad flamígera.
Oscurece, más allá de los canchales y las postreras faldas rotas de Los Alcornocales,
sobre las barrancadas a las que se encarama el abrigo rocoso de El Tajo de La Figura.

Al fondo, toda la planicie inmensa e intensamente verde de la marisma encharcada,
donde el río Barbate se pierde sinuoso y sus últimos meandros arriban al litoral.
Me he retrasado otero abajo, tras el aguerrido bosque de alcornoques y quejigos;
distingo la proyección del ocaso fundida en una transparencia leve atezada en bruno.
Oscurece, siento el silbido grave que sucede al paso batido de los ánades esta noche,
colleras de patos reales que acaudalan un cielo temprano rebasado ya en sus entrañas.

Glauco ganchillo tupido, estampada red sobre el viento prolijo de poniente atlántico,
abrazo apretado a la orilla marina en jirones de volutas lívidas con aroma de algas,
calimas voluptuosas que llegan arribando obstinadas al dentado margen de la costa;
fondean y desembarcan la carga de su flota varada, en rizos de amalgamas pálidas.

II

⁵ Licenciado y Doctor en Medicina y Cirugía. Médico Especialista en Psiquiatría. Doctor en Farmacia. Doctor en Ciencias Biológicas. Doctor en Arte y Humanidades. Profesor Externo de Bioquímica del Envejecimiento, en la Facultad de Farmacia (Universidad de Sevilla). Honorario de la Facultad de Farmacia (Universidad de Sevilla). Miembro del comité Editorial de la revista Foye.

Acarreaba un horquillón, cuando rezagado de la banda me fui quedando atrás.
Pesaba sobremanera el ciervo recién eviscerado que cargaba sobre los hombros;
aún caliente su cuerpo emanaba olores a sierra, sangre y restos de tripas fermentadas.
Se difuminó el último vestigio de claridad que remata a pincel un lienzo en lontananza,
trazo pastel ambarino al través de la gélida luz de un enero que sitia la costa de Cádiz.

Ahora, entre los generosos brazos de los chaparros espléndidos de Isla Verde
se oye el silbido alargado de los alcaravanes noctámbulos que van despertando,
cuando inician un periplo errático abriéndose a la negrura dilatada de la noche.
Divagan a su son, se aventuran entre gritos por los extendidos páramos oscuros
y coronan las abiertas ampliadas de los tesos reclamando,
hasta que el rosicler en los oteros acabe de sucederse a la alborada.

Me he demorado del grupo,
al enfilar la salida profusa de un encerrado canuto;
resbalé entre pinchos de abrojos y érguenes tupidos,
tropezando en una piedra descolgada que al rodar indefenso me hizo saltar
sobre el caído tocón de un viejo chaparro que, a la sazón yacía desgarrado.
Me he debido doblar en profundidad los ligamentos con aspereza,
pues tras el chasquido sentí cómo el tobillo entero se quebraba.

Me he retrasado del clan, aunque pronto mis hermanos
habrán de apercibirse de que yazco caído en el sotobosque;
entre la mejorana, los brezos y las aulagas, ya no bajo con ellos.
Mientras, siento una humedad plúmbea que embarga y acomete
la densidad abigarrada que oblitera e ingurgita mis pulmones.

Me recuesto en la senda, oteo y espero, acomodado
entre plantones aromáticos con la espesada flor azulada del romero.
Se instala un flujo de ruidos solapados tras las sombras, animales
que ahora se desperezan, levantan de la protección de sus encames,
atraviesan huidizos los linderos y con premura bajan decididos al claro.

Un tejón se ha cruzado olisqueando el margen de la vereda,
ronquidos guturales cuando divagaba distraído antes de atravesarse;
no llega a percibir que el viento montaraz le llevaba impregnado
el hálito de mi olor, junto al vaho silvestre del ciervo recién abatido.
Las angosturas evaporan un ozono emanado del vientre anfractuoso de la tierra
y apresuradas llegan las brumas rizadas hasta el marjal enzarzado de los montes.

En el firmamento hay una ambrosía de estrellas abiertas a poniente y a la noche
que a dentelladas engulle el único tajo afilado que resta aún de claridad oblicua,
tamiz final de una tarde que agoniza desleída bajo el pulso de un último estertor.

Me entretengo repasando el perfil brillante, ya encendido, del planeta Júpiter
y reparo en las líneas de estrellas que refulgen tras esta oscuridad ceniza y entoldada,
puntal del firmamento abovedado que se baña y luce tras un desvaído tinte azul.

El cárabo (*Strix aluco*), reclama desperezando sus rémiges desde la trueca ocultada,
lastimero ululato como el eco profundo y contagioso de una quebrada carcajada,
secuencia repetida con notas alargadas seguidas luego de otras mucho más cortas;
onomatopeya prolija que recorre la espesura del bosque: houuuuu, ho, ho, houuuu.

En el tronco del quejigo se recorta la silueta pardo-rojiza de este ave nocturna,
rapaz de librea apuntada en tiras de franjas miméticas grises, marrones y azabaches.
El espécimen ulula y se despereza hambriento bajo el preludio cerrado de la noche,
en tácito contacto con el resto de sus vecinos que a su vez le cercan,
disponiendo una lisonja reiterada, un soliloquio de melodías frenéticas:
ku-wik estridente y aguzado que después se altera,
fundiéndose en un seco kuuá, reclamo acabado bruscamente.

III

Ayer junto al brujo del clan de cazadores,
a medida que se apresuraba el tránsito de la última luna crecida,

durante el tiempo en que se agosta la ruta por la senda caduca del verano...
Concurría ya el cúmulo de bonanzas que al final del estío procuran los dioses
y el firmamento luce adornado de estrellas surgidas para esta época de berrea.

Todos los del clan subimos al viejo abrigo rocoso de El Tajo de La Figura
e iniciamos la dádiva de rituales y ofrendas que aprendimos de los antepasados;
repetidos luego desde tiempos muy antiguos durante las ceremonias de caza,
como enseñaron antes los ancianos padres a nuestros abuelos y ellos a su vez
aprendieron de los rituales mágicos que inició el linaje arcaico de nuestros ancestros.

Inclinados sobre un lecho de mullidas ramas aromáticas de salvia, lavanda y espliego,
arrodillados sobre las figuras que legaron los cazadores más antiguos de nuestra tribu,
en reverencia sobre las representaciones esquemáticas de un arte sureño muy arcano:
perfiladas especies de una guía paleoecológica a trazos minuciosamente dibujados
bajo un fuego de ascuas chisporroteantes, con los dedos embadurnados de pigmentos
ligados a las grasas animales de vetustos aceites untuosos machacados sobre corcho...

Es precisamente cuando consiente el azar y se obra la magia, llega la intercesión
de los Dioses tras un firmamento punteado de luz que en las noches sin luna
encienden con tibieza un hogar habitado de brillante diadema de estrellas...
Ellos habrán de terciar procurándonos una época ubérrima de prosperidad ingente,
fructuosas señales y mejores augurios para que generosa, la Madre Naturaleza
consienta colmarnos de lisonjas, medre siempre y provea del necesario alimento.

IV

Había llovido esta tarde, cuando junto a mis hermanos,
ayudados por los viejos y más experimentados cazadores líderes del clan,
encargados de plantear la mejor estrategia para llevar a cabo el rececho,
iniciamos sigilosamente la aproximación a la manada encamada de ungulados.

Cobijados bajo un sirimiri que hacía vestir de túnica blanca las herrizas y los canchales,

como un velo taimado al través de la cadencia en silencio de la espesura,
configuramos el trazo de un cerco y fue al ensordecedor eco de los gritos de furia,
al cúmulo de alaridos los animales descontrolados saltaron desde la fronda.

Armados con flechas y lanzas,
con la ayuda de propulsores que doblan la distancia en el ataque,
nos hicimos de una cierva y su cría cuando de un salto se arrancaron del encame.
En ese momento, quizá con los Dioses jugando divertidos puestos de mi parte,
fui apuntando con presteza diligente el afilado extremo de mi lanza;
llegué a derribar con un trayecto certero hacia el codillo
a este fuerte y sano cérvido con el que todavía cargo.
Retrasado de la camarilla de cazadores-recolectores,
ahora espero tranquilo a que mis hermanos
reparen en mi ausencia y por fin extrañados,
retomen el camino centrándose en mi búsqueda.

Mientras, entre la hojarasca,
sobre la escorrentía de un riachuelo encharcado,
nada una salamandra y siento con claridad
la estridencia alegrada de sus chapoteos.

La Madre Luna en creciente barrunta una panza lívida de lluvia preñada,
el contorno impreciso de sus bordes se diluye tras una niebla espesada.
No deja ver bien su luz porque las nubes adelantadas, ya nos barruntan el agua,
la cara del astro luce su albo perfil cianótico como un recorte de diamante azulado:
joya capaz de insertarse sobre un elaborado colgante de plumas y huesos de caza,
como aquellos que con orgullo crecido solemos llevar los cazadores colgados al pecho,
suerte de amuleto para que los Dioses, apiadados entonces de nuestra contingencia,
procuren la protección generosa que ofrecen a través de la Madre Naturaleza.

V

Silban los patos reales
que bajan arracimados a las zonas lacustres
agrupados en bandadas estrechas,
buscando el abrigo ajustado
entre las sombras renegridas de los montes:
perfiles recortados a capricho
por la fuerza desgarradora de un demiurgo telúrico.
Paso de aves casi rozando las losas de arenisca,
sus puntas cortantes enrasadas al borde de la pedrisca.

Me he retrasado del corro de cazadores,
todavía espero tranquilo el retorno de mis hermanos
intentando adivinarlos tras la penumbra cerrada del camino;
supongo que me recogerán bien pronto, tan solo en un rato.
Ahora de la maleza salta un zorro que acaba atravesándose en la vereda;
va, se gira y por un instante le distingo la silueta leve y oscura del jopo.
Por momentos, sin embargo, estoy sintiéndome peor.

Cada vez cuesta más respirar, pesa una profunda y gélida sensación que me supera,
llegando a los límites del cuerpo, adentrándose en el tuétano ajustado de los huesos,
como cuando niño tras la lluvia cerrada volvía a la aldea destemplando entre tiritonas,
malestar incubado que me sometía a una sensación angustiosa de indispuerto mareo.

Aturdido después de recorrer la larga y cansina caminata que me azoga,
tras el leve reposo permitido, se continúa este lastre que ahora me atosiga
tirando de esta carga, forzando cada músculo adosado a las lumbares;
me alerta sentir el corazón más fatigado, haciéndole latir con gran premura.

Percibo que me ahogo,
arrastro un vértigo profuso desvencijado sobre el pecho.
Siento que cada vez me es más difícil el trabajo de inspirar;
una estrechada pesadez recorre los músculos del tórax,

tira de los intercostales ingurgitados por cada espiración forzada.

Como un desgarró se precipita rancia, gutural, profusamente
una melodía lastimera de armónicos cuajada de roncus y sibilancias.

VI

Yazco retrasado del grupo,
me acurruco sobre el cuerpo de mi trofeo;
reclino la cabeza, estrechándola, arropado en su calor.

Mientras reposo suavemente al abrigo de su lomo,
aún espero que los otros me ayuden de retorno a la aldea.
Así, todavía me recreo disfrutando de la diadema afilada en diamantes
que deja brillando el diseño de un cúmulo de estrellas tras la orla de los hemisferios:
camino de leche derramada tras el apuntado firmamento que traza la bóveda celeste.

Todavía me silba vívidamente el tórax
como un potro que trotara al galope;
me cuesta respirar cada vez más
y siento un profundo frío que aturde por momentos:
destemplanza dañina que a su paso
consiente en desfallecer mis emociones.

VII

Cuando regrese a la hoguera de nuestro eximio poblado,
alrededor de las casas circulares de piedras,
cañas y brezos que hacen de hogar,
requeriré del brebaje de hierbas

que en un emplaste me ofrezca la vieja chamana,
delicada y amable mujer de tez seca, acartonada
que entonando sus rezos procuraran otra vez mi mejoría,
como hacía siempre desde que era niño.

Siempre la he de recordar con entrañable dulzura, arropándome entre pieles,
preparando los mejunjes secretos de sus bolsas en piel de recental recién parido:
briznas y hojas secas de plantas medicinales recogidas por los apretados del monte,
desleídos sus efectos en un cuenco de barro templado a la lumbre de su hoguera,
medicina primitiva ligada con miel y calostros en leche de cabra recién ordeñada.

Ahora me embarga la desazón de una oscuridad diferente
a esas noches que dedicaba a la caza del jabalí,
cuando al resguardo y revoque del viento durante los meses de estío,
me apostaba entre las hojas amplias de los helechos,
cubriendo con areniscas un habitáculo redondeado
donde al aguardo decidía apoltronarme.

Distingo el lívido contorno de una panza de cielo con puntos chispeantes de estrellas,
emoción confusa de una transparencia en la que los luceros se fueran apagando
mortecinos, descolgados del toldo del abismo, como si tras el piélago se extinguieran.

Llegan continuados los recuerdos,
sensaciones de experiencias allá por la más lejana y tierna infancia:
el olor de mi madre que sonrío,
me acurruca bajo su cuerpo y con dulzura me abraza.

Aparece también la imagen señera de mi padre,
cuando tras una amanecida partió señalado de costado,
gravemente lastimado por un mal presagio.

Pese a nuestras ofrendas generosas,
los Dioses nunca más lo devolvieron;
cazando en las abiertas de las tierras roncadas de Lajas Altas

fue a buscar la gruta escondida de los osos y el azar de la muerte
le dejó herido en un bronco recodo montaraz y asolado de la sierra.

El revés de esa realidad hiriente
nos dejó por siempre una desazón profunda,
acodada en la tristeza solitaria de mi madre
y en la angustia lábil de mis recuerdos:
lacerante azar que embargó mi espíritu infantil,
haciéndome mayor de repente,
imborrable seña de una realidad
que portaba sombras alargadas.

Su recuerdo de nuevo cobra forma
en la magia de una noche vaciada, sin estrellas.

Al fin lo vuelvo a ver con la intensidad de antes,
como lo recordaba cuando me contaba
viejas historias de cacerías
los dos abrigados junto al fuego,
sintiendo aquella paz profunda
con la que siempre me embargaba su olor.

En la noche oscura, sin luna y solitaria de estrellas,
rememoro la imagen de mi padre, Lobo Viejo de Ojos Francos,
ahora que la tranquilidad me embriaga profundamente y me solaza.
Me reconforta la visión de su presencia,
agasajado por esta dádiva que con generosidad me ofrecen los Dioses:
el premio de un instante mil veces deseado.

Distingo con claridad el brillo de sus ojos del color de la melaza.
¡Al fin vuelvo a estar con él!

Un raudal de intensas emociones termina encharcando las conjuntivas de mis ojos,
un surtidor confuso de vivencias que rememoro y que me embriagan.

Padre fue mi refugio,
acaso más allá de un dios al que adorase,
y ahora me consuelo
tras la profundidad chispeante de sus córneas almendradas...

Reconozco cómo me llama improvisando un gesto.
Hace señas para que me acerque y de soslayo a mi oído
susurra sigiloso: ¡Águila del viento, hijo mío, ya es la hora!